

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	trimestre..... 2,50
	año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	semestre..... 6
	año..... 12

DON CARLOS

(FRAGMENTO.)

Y siempre al verle asaltaba á mi imaginación el mismo recuerdo. Me transportaba á los tiempos de mi niñez; la juventud en masa arrancada de los campos y talleres para reforzar el ejército; el movimiento de producción paralizado; el progreso detenido; las ciudades convertidas en cuarteles, con las trompetas siempre resonando en las calles, y las casas repletas de alojados; las columnas pasando y repasando por los mismos sitios con sus soldados andrajosos, polvorientos, tostados, ceñudos, con luengas barbas y mirada fosea, siempre en busca de un enemigo que sólo se mostraba cuando eran cien contra uno; las sangrientas luchas de kabila reproduciéndose en Cataluña y el Maestrazgo; el hermano matando al hermano; el padre fanático reconociendo el rostro del hijo en el recluta que acaba de tender á sus pies; el cura de Santa Cruz resucitando la guerra de horda, luchando á impulsos de la barbarie hereditaria, como pudiera luchar una tropa de hunos; los bandidos con boina cegando las simas con carne humana; inermes prisioneros con los pantalones caídos y obligados á huir tambaleantes ante la caballería que los acuchilla, mientras los canallejas del *requeté* celebran con carcajadas esta broma macabra; los pueblos viendo horrorizados en sus plazas, donde antes se celebraban alegres fiestas, los fusilamientos de hombres á los que se arranca de los brazos de su esposa y de los pequeñuelos que se agarran á sus piernas; viejos sacerdotes odiados por ser liberales, con una cuerda al cuello; de la que tiran los chicos de la partida, paseados como perros rabiosos por montes y barrancos, hasta que caen al fin acribillados á tiros y bayonetazos; las vías férreas cortadas; las estaciones derrumbándose entre llamas; los trenes rotos y desvalijados, mientras los viajeros se alejan á pie, formando un rosario de prisioneros, entre culatazos y palos, como una caravana sorprendida por los beduinos; Cuenca coronada de chispas y nubes de denso humo, con las calles empedradas de cadáveres y muebles descarrajados, y las casas desplomándose para ocultar entre sus escombros los horrores del robo y la violencia; y todo este cúmulo de crímenes... fueron por este hombre que se pasea tranquilo, satisfecho de lo que él llama sus derechos, convencido de que mientras cuente con el apoyo de unos cuantos miles de imbéciles ó de desalmados, su única obligación en la tierra es desangrar y deshonorar á un pueblo infeliz.

Nunca como al ver de cerca á ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del gentío, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio, que, vistos en la historia á través del tiempo y lejos de las circunstancias, resultan muchas veces aliosos. Entonces comprendí que hay tiros ó puñaladas que pueden resultar santos si libran á toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre, y centenares de miles de madres se vistan de luto, todo por culpa de un solo hombre.

Pon, desgracia, en el mundo el mal retoña siempre. Entre gentes que aspiran á un trono, suprimir al padre es hacerle un favor al hijo, que desea la desaparición

de aquél para ver saciadas sus ambiciones; y el peligro no está en el pretendiente, sino en la barbarie nacional, en el fanatismo de esa gran masa ignorante que cree como artículo de fe lo que dice el cura guerrillero, se entusiasma con la leyenda sangrienta de Cabrera, semejante á la de Atila, y sueña en resucitar lo más deshonroso y muerto de las tradiciones.

Cuando se trata de un régimen político basado únicamente en la bondad de las ideas, es inútil hablar de las personalidades que lo representan, y el carlismo es un partido puramente personal; lucha por encumbrar á un individuo al que cree despojado; y yo, mirando á D. Carlos, me preguntaba: ¿Qué hay de extraordinario en este hombre, en este veterano de Afrodita, que guarda en su médula enferma y su espalda encorvada el recuerdo de vergonzosas campañas? Le siguen ciegamente miles de españoles como representantes de la tradición nacional, á pesar de que no es español, de que ha nacido en Austria, de haberse educado en todas partes, menos en España, y de que todo su españolismo consiste en enseñar el castellano á su mujer, á pesar de hablarlo tan mal como ella.

BLASCO IBÁÑEZ.

¡CABALLOS, CABALLOS!

—Acá me tienen vuestras mercedes muy preocupado.
—¿Qué te preocupa, Sancho amigo, que así bajas la vista á tierra como buscando un maravedí por codicia, y así luego la elevas al cielo como buscando por noble deseo una estrella, y te muerdes las yemas de los dedos y te meneas y revuelves, devorado por la impaciencia?

—Yo busco, y sé lo que busco; pero pienso que no he de dar con lo que busco, que ello es más dificultoso de hallar de lo que vuestra merced piensa.

—Advierte, Sancho, que más ven cuatro ojos que uno, y mejor hallan muchas manos que una... Dime qué es lo que buscas, que yo te ayudaré...

—No se apene y moleste vuestra merced, que yo lo encontraré, ó no lo encontraré, y para mí el gozo ó el pesar, mi buena ó mala fortuna. Juan Palomo, yo me lo guiso, yo me lo como... y más sabe el loco en su casa que el cuerdo... y en mi ható y mi zapato ató y desató... y miren si busca el que perdió... que...

—No, refrán no será lo que te se haya perdido, porque los tienes por sartas. Anda, y Dios te ampare, y devánate cuanto quisieres tu tosca sesera y derritase el cerebro... que con ingratos y testarudos no es discreto tratar.

—Es que lo que yo busco, señor, no es cosa fácil de hallar, y da buscarlo mucho desvelo y tormento, y sólo dos personas estamos en España con el tal martirio... Una es el gran hombre, y perdone vuestra merced que no es por hacer menor la grandeza de vuestra merced, el gran hombre D. Antonio Cánovas, y yo. Pues si metemos á vuestra merced en el ajo... ya que vuestra merced está muy aireado de cabeza, puede que se alborote más... D. Antonio y yo buscamos... buscamos...

—Acabas de decirlo.

—En cuando vuestra merced sepa lo que D. Antonio, mi señor y el de vuestra merced, y de todos cuantos en España vivimos, cuando vuestra merced sepa lo que bus-

camos... lo que buscamos D. Antonio y yo... se ha de quedar hecho una estatua por la fuerza del asombro.

—Y bien... dilo, que estoy preparado á asombrarme.

—Ponga vuestra merced que lo que buscamos tiene muchos bemoles; es cosa peregrina... No se halla ni en la mar, ni en la tierra, ni en Galicia, ni en toda la Mancha, ni en parte alguna de las Españas, ni podemos encargarla á pueblos extranjeros... Buscamos por aquí, por allá, á derecha é izquierda, arriba, abajo, y no lo hallamos... y yo creo en Dios y en mi ánima que no hemos de hallarlos...

—No abuses de mi paciencia, Sancho, que, con ser mucha, tú la apuras de manera que pienso que no me ha de quedar ni para sufrírte por un segundo más... Ovíllo de enredos...

—¿Se acuerda vuestra merced de D. Ginés?

—¿Qué D. Ginés tal es ese?... Hablas de Ginesillo de Pasamonte, aquel ladronzuelo; vamos, ha llegado á concejal, y por eso le llaman ya Don...

—No es de Ginesillo de quien hablo, sino de D. Ginés; uno que cogiendo una linterna encendida se fué vagando por las calles y mirando al suelo... porque, según decía, buscaba un hombre...

—¡Diógenes dirás, Sancho, que no D. Ginés!

—Bueno, *Diógenes*, ó D. Ginés, ó como ello fuera... Pues así estamos nosotros, D. Antonio y yo...

—Pero alma de Dios, ¿querrás decirnos lo que buscáis ese bueno de D. Antonio y tú... Se os ha perdido Castellano.

—No, señor.

—Entonces.

—Buscando generales...

—Generales... ¡Pues apenas si sobran en España generales!...

—Pues he ahí por qué nos parecemos á Diógenes, ó D. Ginés, ó *Dingenes*, ó como el tal se llame... A él nos parecemos D. Antonio y yo, porque no hallamos uno, uno... ¿Está vuestra merced en ello.

—Estoy... Mala púa... Estoy... Buscas tú eso, y me tiene á mí, brazo fuerte, corazón generoso, y el primer caballero de la tierra.

—Pues ahí está, que estamos D. Antonio y yo locos con las solicitudes que diariamente nos hacen. No hay general que no piense como vuestra merced, que lo es... Y la capa no parece... es decir, que hemos resuelto no resolver nada, y vamos marchando, y en tanto el pueblo grita:

—¡Generales, generales!

—¿Zeñorez, no loz hay.

DIALOGO

—Ahora en estas elecciones me presento concejal. ¿Qué te parece?

—Muy mal;

te voy á dar mis razones:

Para que concejal seas

tienes que gastar dinero.

—¿Pero ignoras que del cuero

salen, mujer, las correas?

—Ya has dicho una tontería.

Ese cargo es muy amargo,

y no creo que ese cargo

sea alguna canonjía.

—Pues si no es eso, mujer,

Baraja política.



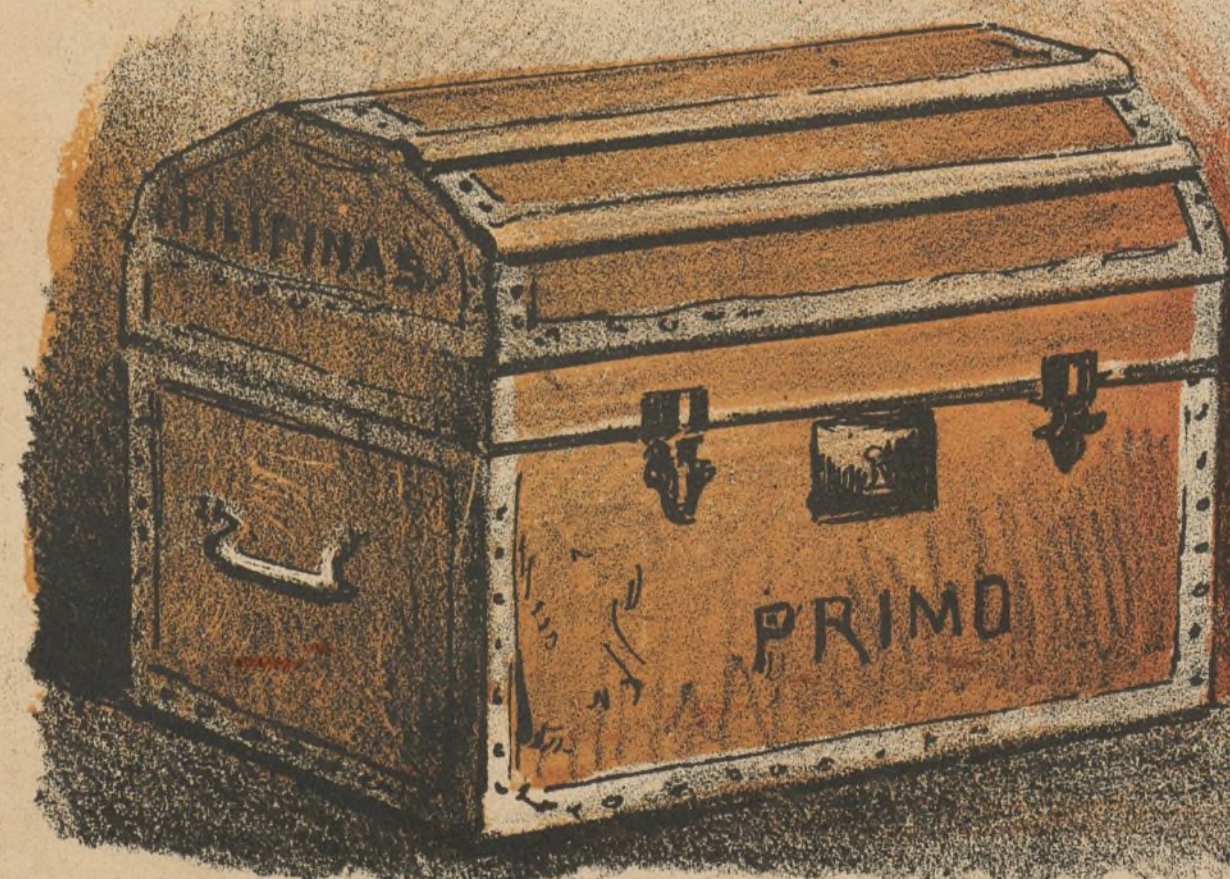
El rey de bastos.



Compás de espera.



Frase hecha.
Echar el hígado.



De viaje.



—¡Por la fusión revolucionaria!

MINISTERIO DE HACIENDA



¡Unanimes por Dios, para la pobre Hacienda española!



—Dejad que los comités vengan á mí.

Siluetas cubanas.



El sacrificio de Abraham.



D. Miguel Díaz, alcalde municipal de la Habana.

Lit. de la Viuda de M. Bontista, Jefe del Valle, 32.

es mucho lo que me extraña que haya tantos en España que quieran ediles ser.

Y llama más la atención porque se ve al industrial que se gasta un dineral para ganar la elección.

Es sin duda cosa buena, cuando hay quien el tiempo pasa desatendiendo su casa por atender á la ajena.

Yo tengo el presentimiento que les guía el interés. ¿Si no es así, á qué van, pues, á la Casa-Ayuntamiento?

—Unos por matar el ocio, otros para administrar, otros para figurar...

—Y yo para hacer negocio, que no estamos tan sobrados...

—¿Cómo quieres ser edil cuando en España hay tres mil ediles empapelados?

—Yo marcharé viento en popa sin miedo alguno.

—¿Por qué?
—¡Ay, qué gracia! Porque sé nadar y guardar la ropa.

VICENTE RUBIO.

NUESTRA OPINIÓN

Llegamos un poco tarde para protestar de los vergonzosos sucesos del Casino de Unión Republicana.

Hubiéramos querido hacer el silencio sobre esos tristísimos hechos, condenados en general por todos los republicanos, así por los llamados legalistas como por los llamados revolucionarios.

Ciertas cuestiones son siempre dolorosas de tratar. Acaso fuera mejor no hablar de ellas. Pero parece que todos estamos empeñados en hacer propaganda del escándalo para desacreditarnos un poco más ante la opinión pública.

Los mismos periódicos republicanos, en la indignación de los primeros momentos, han incurrido en exageraciones verdaderamente lamentables.

No, los sucesos del Casino Unión Republicana no tienen la gravedad ni la trascendencia que suponen esos periódicos.

La unión de los republicanos no puede depender de la exaltación de unos cuantos sujetos más ó menos particulares.

¿Es, que acaso, en la triste noche del escándalo hallábanse reunidos en el Casino las representaciones de todos los republicanos de España?

Contéstenos quien quiera á esta pregunta.

Nosotros tuvimos la fortuna de no asistir á la sesión tumultuosa del Casino, pero en la sesión inaugural del mismo, nuestros queridos compañeros Sojo y Sawa afirmaron que Don QUIJOTE estaría siempre al lado de los que defenderán estos dos grandes males de nuestra vida: la Revolución y la República.

Y á nuestras palabras nos atenemos, haciendo caso omiso de las exageraciones de los unos y de los otros.

Y para terminar, enviamos nuestro cariñoso saludo á los heridos á consecuencia de esos lamentables sucesos.

EL LABORANTISMO MANSO

La situación de Cuba se complica; la insurrección batida en los campos se enseorea de las ciudades y se adueña de la Habana. Agiotistas, cambistas, detallistas, toda la turbamulta del comercio de sorpresas y emboscadas, labora con un desenfado que parece pedir á gritos, y por solicitudes y anuncios en esquinas y periódicos, el viaje á Fernando Póo ó á Chafarinas por cuenta del Estado de muchos de esos apreciables industriales.

Entre estos voluntarios á la deportación, figuran en primer término, en lugar preferente, los subastadores de viveres para el ejército y algunos banqueros acaudalados, famosos en la Habana, más que por su crecida fortuna, por la falta de escrúpulos con que se dedican á llenar sus cajas á costa... de todo y de todos.

La actitud adoptada por elementos maleantes de la Habana con los nuevos billetes emitidos por el Gobierno español á petición reiteradísima de la Cámara de Comercio de la Habana, de los Amigos del País, de la Lonja de Viveres, del Banco Español, de todos los centros bancarios y mercantiles, entraña mayor peligro para la conservación de la isla que las más atrevidas hazañas de los filibusteros de la manigua.

Pese á las gestiones del general Weyler y á las precisas y terminantes órdenes de su acertadísimo bando, el elemento maleante se ha impuesto y domina el mercado de la Habana. De nada han servido los propósitos del general ni la severidad de sus amenazas. Los agiotistas triunfan unidos á los detallistas de viveres, y todos los artículos de primera necesidad suben en la misma proporción en que bajan los billetes, haciendo la

vida de todos los elementos sociales de la isla, más que difícil, imposible.

Mermada en cantidad considerable la producción por los escarceos de las partidas insurrectas, casi estinguido el comercio de exportación, limitadísimo el de importación, en baja considerable la riqueza rústica y urbana, en grave quebranto todos los elementos de riqueza del país, escasos y mal retribuidos los jornales de los obreros de las ciudades, hambrienta y condenada al ocio la población campesina, en crisis tan aguda, la depreciación de la moneda es cuestión grave, tan grave, que entraña la catástrofe segura.

Vencer á toda costa la rapacidad del comercio de mala fe, es la más urgente de todas las necesidades, más urgente que destrozarse las partidas armadas en el campo.

Conocemos los buenos propósitos del general Weyler para conseguirlo, pero es preciso que persevere en ellos hasta triunfar.

La actitud de los agiotistas es el motín á la sordina, y no se puede sostener la insurrección violenta en el campo y la mansa en las poblaciones.

El Banco Español de la Habana puede y debe ser elemento más que valioso, decisivo del éxito.

Destrozarse en el campo á la insurrección armada, es empresa grande; aniquilar el filibusterismo manso de las ciudades, es empresa más grande aún.

Tenga muy presente esta gran verdad el general Weyler.

LANZADAS

Y de la crisis, *nó*.

El Sr. Cánovas se decide—según los ministeriales—á presentarse á las Cortes con el actual Gobierno.

Lo cual, francamente, nos parece muy lógico.

Porque bien mirado, ¿á qué una crisis parcial si el partido conservador está formado de Castellanos?

Nuestros leales amigos nos exigen una indemnización por la muerte del dentista y filibustero Ruiz.

Y como es natural, el Gobierno va á concedérsela.

Porque ¿qué concepto iba á formar si no de nosotros el bueno de Mac-Kinley?

Al fin vuelve Polavieja

con el hígado muy malo.

¡Cuidadito, D. Antonio,

con la bilis de ese infarto!

—¿Qué es eso de Filipinas?

—Un laberinto.

—¿De veras?

—Sí señor, y superior cien mil veces al de Creta.

Un periódico *carca* de Bilbao asegura que su *R...* ha pedido una lista de todos los enemigos del carlismo para sentarles las costuras el día del triunfo.

¡Temblemos!

Y no precisamente por nosotros.

Sino por el marqués de Vadillo.

La *Época* dedicada á la horticultura:

«En un año pueden obtenerse dos cosechas de fresa.»

Ya lo creo; y en la *huerta* de D. Antonio, aunque sean tres.

Está tan bien abonada, que da, no sólo fresas, sino hasta *ministros*.

Ahora como siempre triunfa

el «derecho de la fuerza.»

¡Todas las grandes naciones

van á bloquear á Grecia!

Del ministro de Hacienda al marqués de Estella:

«Usted volverá de Filipinas triunfador.»

No lo negamos.

Pero por si acaso, debe llevarse el Sr. Primo de Rivera unas cuantas arrobas de *cloral*.

No vaya á ser que se le *infarte* el hígado como al general Polavieja.

En el banquete celebrado en honor de Morote ha dicho el Sr. Castelar que él era un prodigioso fonógrafo.

¿De veras?

Pues entonces nos explicamos la portentosa ex-locuencia de D. Emilio.

Soltaba en sus discursos—ó *audiciones*—todo lo que le habían metido.

Anda, ve y dile á tu madre,

si por *primo* me desprecia,

que es *primo* y se va á Manila

el señor marqués de Estella.

Del corresponsal de *El Liberal* en Barcelona:

«Únicamente indicaré la conveniencia de que se vigile de noche y de día los principales puertos de nuestro litoral y la frontera francesa.»

¿Se va enterando el Sr. Cánovas?

«O espera que las hordas *carcundas* se echen al campo para declararse «dolorosamente sorprendido» por los acontecimientos?»

El día 23 hizo dos años que es ministro el Sr. Castellano.

Y ¡oh mezquindad de las cosas humanas!

En todo ese tiempo, el *gran* D. Tomás no ha crecido ni una pulgada siquiera.

Llamamos la atención del Sr. Cos sobre las irritantes injusticias que se vienen comiendiendo con el ex-empleado de Telégrafos y Penales D. Andrés de Lovaine.

¡Porque, créanos usted, D. Fernando, es peligroso abusar así de la paciencia de la gente!

LA BLUSA

I

«Estoy vencido. Esta blusa me ahoga: es la cárcel de mi alma. La gente no ve en mí sino al obrero, ser toscó, nacido para el trabajo corporal, no para la creación artística, y así se burlan de mis ilusiones con encubierta compasión. He mendigado ayuda, el sostén y empuje de una mano amiga, para que esta sed de grandezas, vocación de genio, se calme trabajando por la realización de mi ideal. No te rías; este carpintero sueña con sublimidades. Ello es cosa lógica. Sin embargo, el mundo no me atiende, se aparta, me escucha desde lejos... Debo manchar. Tienen razón. Todo el día á vueltas con los útiles de mi trabajo, grasientos, ruidos, instrumentos para ganar el pan á fuerza de fatigar el cuerpo; lleva mi traje, mis manos y mi cara el olor desagradable de mi profesión, de mi oficio. Y no hay razonamiento capaz de convencerles. El jornal degrada; la nómina ennoblee. Muchos días, apenas terminaba mis tareas, me echaba á buscar protectores, llevando cartas de recomendación. Esas epístolas tienen una contrasena, un tono especial que da á conocer las intenciones del que las escribe. ¡Qué intenciones, virgencita mía!

Yo, al principio, muy entusiasmado y lleno de esperanza por unas cuantas frases expresivas, palabritas de cariñoso interés, cuando advertía el efecto causado en el ánimo de tal ó cual personaje, empezaba á temblar, y se me ahogaba la voz diciendo torpezas y tonterías que sin duda acababan de convencerle de que este infeliz no serviría nunca para maldita cosa, ni menos para arte tan profundo y excelso, cual es el de la música. Salía á la calle desalentado, no porque me creyese falto de aptitudes, de vocación, sobre todo, sino porque súbitamente ante mí se alzaban murallas de granito que mi fe no podía escalar. En mi interior seguía vivo, resplandeciente, el fuego de mi inspiración, imposibilitada de hendir el espacio de la fantasía por circunstancias materiales... porque lo que en mí vive necesita educación, pulimento, como piedra preciosa bajo su vestidura de arcilla... ¡Qué martirio, nena! Tus cartas me consuelan. Crees en mí... ¡Claro! Porque me quieres; pero los demás no adivinan esta existencia escondida de ideas grandes. Los que hemos nacido para el trabajo bruto no somos, por ley fatal, motores ó caballerías, no. Quisiera escribir esto en las plazuelas, como protesta de mi vejada y no comprendida persona. Tenemos indiscutible derecho á pensar y sentir, á padecer soñarreras de artista, y en el fondo de la mente forjar divinas concepciones.

No ha de ser patrimonio sólo de los privilegiados el que se les ayude, eleve y admire. Tengo derecho á la posesión de la inteligencia. Creo en mí. Me acometen delirios y visiones que me alientan y empujen. Aquí dentro hay mucho... ¿Por qué no lo ven los demás?... ¿Qué les ciega?... ¡Ah! Ya lo sé; esta blusa. Caudal eterno que cubre los ojos de los altos; hoga infamante que me viste á mí, reo de lesa miseria... Un desheredado. ¡Estoy vencido!»

II

«¡Bendita carta tuya! No estoy solo. Alguien llora mis amarguras y lucha conmigo, esperando mi triunfo. Mientras leía tus renglones, en torno de mí parecía extenderse luz celestial, tibia y reanimadora como la luz del sol. El sol de tu cariño. Sigues creyendo en mí, me aconsejas tesón y constancia. Ejemplar novia mía. Es verdad. No debo desmayar, ni humillarme. No sólo por mí, sino por los míos, por mi raza de esclavos, acaso como yo sedientos de la redención de su espíritu. Tienes razón. Por alta que sea la muralla que se alza ante mis anhelos, más alta vuela mi inteligencia... Me siento capaz de demolerla. También cosa lógica. Como nos cierran el paso con granito y maleza, hay que destrozarse. Lo quieren; pues sea. Otros tienen la piqueta de su trabajo, yo la de mi vocación. A la lucha. Nos impondremos. Yo haré de mi blusa túnica irrisada que deslumbre, y caerán de hinojos, reconociendo mi numen. ¡Oh! inspiración, inspiración, ayúdame. Eres el ariete. Acaso se empeñan en negarte porque te vislumbra y temen. Seré músico. Estos raudales de armonía que en mi cerebrón surgen y presos viven, saldrán al exterior, visibles en el misterioso pentágono, y cuando las gentes los oigan y gusten, se quedarán extasiados, estrechando mi diestra con delicioso orgullo. Natural. No tendré callos, ni oleré mal, ni verán ante mí, como execrable heraldo, preparándose para la lástima ó el desprecio, mi nombre de obrero y mi condición miserable. Pero, escucha. Quisiera vestir en esa hora de mi triunfo esta bendita blusa, dirigiendo el himno de mi redención con la callosa mano, y diciéndoles la encendida mirada que todo aquello era obra mía, del carpintero del callejón, dueño de una inteligencia como cada quisque poderoso... ¡Qué hermosura!... Pues ten confianza, espérame con el mismo amor. Por tí, por mí, por mis hermanos, seguiré senda adelante, aunque deje en el camino huellas sangrientas, y tenga que trepar agarrándome á espinas y rocas... Te lo he prometido, se lo prometí á mi alma. Tienes razón. No debo sucumbir. Quietan ó no impondré mi numen, mi blusa, y habrán de ver en la hoga de hoy manto purpúreo con que mi inteligencia me viste y presenta al respeto de todos... de los grandes, de los que hoy me desprecian. Si, amorcito. Merezo esta redención. Me debe el tiempo, la historia, la humanidad, tan grande justicia. Adelante siempre. ¡Qué lema más hermoso! ¿verdad?

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.